

EDGARDO DOBRY

UNA PROFECÍA DEL
PASADO

*Lugones y la invención
del "linaje de Hércules"*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Índice

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Introducción</i>	11
I. <i>Darío y Lugones: panamericanismo, nacionalismo, propiedad de la lengua</i>	
La cuestión de la lengua nacional a finales del siglo XIX.....	31
Darío y la exclusión de <i>Los raros</i>	37
Modernismo: afrancesamiento y afirmación americana.....	47
La amenaza de Calibán o la epopeya a destiempo.....	52
II. <i>Rodó y Lugones: de Ariel a El Payador</i>	
<i>Ariel</i> , la "literatura hispanoamericana" y "el fondo de la raza"	67
Lugones y su "antipódico"	73
Rodó con Renan: estética clásica y moral católica	84
Lugones con Nietzsche: romance de la sabiduría y el guerrero	89
El gaucho como superhombre	96
Filosofía europea, proyecto americano	106
Rodó, Lugones y el futuro	109

Martín Fierro: de héroe poético a prototipo nacional.....	116
La cuestión de la democracia.....	120
Una correspondencia: Spengler y <i>La decadencia de Occidente</i>	130
III. <i>La invención de una lengua nacional</i>	
La herencia romántica y la "doble literatura"	133
"Anquilosamiento" y "pureza": de <i>El Payador</i> al <i>Diccionario etimológico del castellano usual</i>	148
Historia y mito: el linaje glorioso	162
IV. <i>Posteridad y profecía (del pasado)</i>	
La operación <i>Martín Fierro</i>	169
Posteridad del pacto: Borges ante Lugones	176
Posteridad del pacto: Mallea y Martínez Estrada	181
Elitismo y demagogia	185
Idioma y utopía: una tradición americana	187
<i>Índice de nombres</i>	191

Introducción

Las naciones mejor constituidas son las que hablan mejor; y es fácil observar en la historia que todo grave trastorno nacional viene inmediatamente antecedido por una deformación del idioma [...]. La inmigración cosmopolita tiende a deformarnos el idioma con aportes generalmente perniciosos, dada la condición inferior de aquélla. La leyenda de la torre de Babel es bien significativa al respecto: la dispersión de los hombres comenzó con la anarquía del lenguaje [...]. La entidad Patria, compuesta, como el hombre, de cuerpo y de espíritu, denomina estos dos elementos imprescindibles: territorio e idioma. Uno de los dos que falte, ocasiona su desaparición.

LEOPOLDO LUGONES, *Didáctica*.¹

En ninguna otra parte [como en Argentina] se dio con esa intensidad el clamor por una lengua nacional propia, a no ser en el Brasil y en Estados Unidos.

ÁNGEL ROSENBLAT, "Lengua literaria y lengua popular en América".²

¹ En *El Payador y antología de poesía y prosa*, selección, notas y cronología de Guillermo Ara, prólogo de Jorge Luis Borges, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, pp. 285 y 286.

² En *Nuestra lengua en ambos mundos*, Barcelona, Salvat, 1986, p. 124.

Quien escribe sus sentencias con sangre, ése no quiere ser leído, sino más bien aprendido de memoria. [...] Valerosos, despreocupados, irónicos y violentos —así nos quiere la sabiduría: es una mujer, ama siempre sólo al guerrero—.

FRIEDRICH NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*.³

DURANTE LOS AÑOS POSTERIORES a la Revolución de Mayo de 1810 y a la declaración de la Independencia, en 1816, en el Río de la Plata se siguió escribiendo de acuerdo con los cánones peninsulares. Romper la subordinación política a la Corona española era relativamente sencillo si las circunstancias ayudaban, y si se consolidaba en el campo de batalla lo que se había proclamado en los cabildos; la independencia cultural exigía un proceso más largo y complejo. Hacia 1840, Juan Bautista Alberdi retrató la situación al lamentarse de que los habitantes de las provincias del Río de la Plata fueran “independientes en política, colonos en literatura”.⁴ Eran partidarios de la misma idea Esteban Echeverría (“Nos parece absurdo ser españoles en literatura y americanos en política”)⁵ y Domingo F. Sarmiento (“Desprendidas [las antiguas colonias americanas] en política de España, su abuela común, por su emancipación, no lo están aún en artes, en literatura, en costumbres ni en ideas”).⁶

Consolidada la independencia, relativamente pacificada la flamante nación después de un largo período de anarquía y guerras civiles, en la década de 1830 empieza a definirse el

³ Edición con traducción de J. C. García Borrón, Buenos Aires, Hyspamérica, 1982, p. 79.

⁴ Juan Bautista Alberdi, *Obras completas*, vol. II, Buenos Aires, La Tribuna Nacional, 1886-1887, p. 156.

⁵ Esteban Echeverría, *Obras completas*, vol. IV, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1874, p. 97.

⁶ Domingo F. Sarmiento, *Obras completas*, vol. XII, Buenos Aires, Luz del Día, 1948-1956, p. 184.

ámbito de acción de los intelectuales de Buenos Aires: el de la cultura y la literatura argentinas. Sarmiento, Echeverría, Alberdi conformaron el primer grupo de escritores conscientes de su pertenencia a una nación independiente y soberana; el romanticismo europeo tenía un carácter marcadamente nacionalista, y ese ímpetu les llegaba justo a tiempo. El primer elemento de esa identidad intelectual argentina fue, acaso, negativo: la convicción de ser —de querer ser— *otra cosa* que español. Si el paisaje, los frutos de la tierra, la fauna, la composición social y la situación histórica eran distintos de los de España, ¿cómo la literatura escrita del Río de la Plata iba a expresarse en *la misma* lengua? ¿Cómo utilizar el mismo viejo instrumento para manifestar algo tan genuinamente nuevo, vital y diverso? España representaba para los primeros escritores argentinos todo lo que se quería dejar atrás: monárquicos en política, católicos ultramontanos en religión, escasos y anticuados en tradición filosófica y carentes de innovación en literatura. Sarmiento fue el más elocuente en la expresión de este sentimiento, compartido por sus compañeros de generación: “Tenemos que ir a mendigar a las puertas del extranjero las luces que nos niega nuestro propio idioma”. Y llega a definir el castellano como “una lengua muerta”.⁷

El idioma de los escritores peninsulares era visto como una manifestación más —una consecuencia que devenía causa, dando inicio a un círculo vicioso— de la parálisis espiritual en que España vivía desde el final de su esplendor barroco. El antiespañolismo fue una bandera fervorosa en manos de aquellos hombres a quienes les tocó la labor de meditar un proyecto de nación. Estaba claro que el escritor rioplatense debía nutrirse de otras literaturas, leer en otras lenguas, consustanciarse con otras culturas; pero, dado que no se podía cambiar por decreto

⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 222.

la lengua nacional, ¿en qué castellano se debía escribir? Dicho de otro modo: ¿cómo hacer para escribir en un castellano notoriamente distinto del peninsular, más plástico, más idóneo para las nuevas ideas y las particularidades geográficas, históricas, humanas del nuevo país?

Si, desde el momento mismo de la Conquista, la lengua hablada empezó a deformarse en una inflexión propiamente rioplatense, ¿por qué no tomar esa habla como modelo? Esta fue, a grandes rasgos, la posición defendida por Sarmiento durante la conocida polémica que sostuvo con Andrés Bello: "La soberanía del pueblo tiene todo su valor y su predominio en el idioma",⁸ escribió en 1842. Pero el asunto se iría haciendo más complejo a medida que avanzaba el siglo. No se temían seriamente las contaminaciones que pudiera traer el contacto con las lenguas indígenas, muy poco significativas. En cambio, aparecería el temor al "cocoliche", derivado de la masiva llegada de inmigrantes a partir de 1875.

De pronto, la lengua estaba en peligro: de contaminación con las hablas nativas (dialectos en su mayoría) de los inmigrantes y de vulgarización por el bajo nivel cultural de los recién llegados, con un alto porcentaje de analfabetismo.⁹ Los escritores argentinos, que no por casualidad componían la elite de pedagogos y políticos —Domingo F. Sarmiento, Bartolomé Mitre y Nicolás Avellaneda llegaron a ser presidentes de la

⁸ Domingo F. Sarmiento, *Obras completas, op. cit.*, vol. 1, pp. 215 y 216.

⁹ "En el período que va de 1869 a 1895 el porcentaje de italianos sobre el total de inmigrantes entrados alcanzó casi a un 70%. A mucha distancia seguían los españoles con casi un 15%, y luego con porcentajes mucho menores franceses, alemanes, ingleses y suizos. [...] La tasa anual de crecimiento de la población en ese período fue del 4,9%, índice sólo alcanzado por los distritos más expansivos de Estados Unidos y Australia. [...] El número de analfabetos era del 78,2% en 1869 y del 54,4% en 1895" (Ezequiel Gallo y Roberto Cortés Conde, *Historia argentina*, vol. v: *La república conservadora*, Buenos Aires, Paidós, 1995).

Nación— se vieron abocados a una nueva encrucijada: habían declarado con fervor su independencia de las instituciones de España —en 1876 hubo un “clamor de asombro” por el rechazo de Juan María Gutiérrez del diploma de individuo correspondiente de la Real Academia peninsular—; pero, en la nueva situación, necesitaban una barrera para contener la temida “barbarización”; urgía una nueva forma de casticismo, una legislación aceptable. Hacia 1900 ya nadie se mostraba dispuesto a otorgar al pueblo la autoridad en materia de lengua. La literatura criollista o gauchesca era objeto de denuesto por la mayor parte de la jerarquía intelectual del momento. Incluso Leopoldo Lugones, en *El Payador*, erige *El gaucho Martín Fierro* en el texto fundador de la literatura argentina, apartando minuciosamente el poema del resto del género gauchesco, al que considera deleznable. Da al poema la categoría de una epopeya protagonizada por “un valiente oscuro, exaltado a la vida superior por su resistencia heroica contra la injusticia”.¹⁰ Y quita relevancia a la figura de José Hernández, menos un autor consciente de su proyecto que un médium del poema épico. Si en alguna ocasión le otorga la categoría de “gran poeta”, es precisamente porque “no sabe de recursos literarios ni de lenguaje preceptivo. Su originalidad proviene de la sinceridad con que siente y comunica la belleza”.¹¹ Valoración curiosa de quien, apenas unos años antes de pronunciar estas palabras, había escrito libros como *La guerra gaucha* o *Lunario sentimental*, prosa y verso que se caracterizan por cualquier cosa menos por su sencillez formal, su despojo retórico o su transparencia emocional.

A lo largo del siglo XIX, la lengua había aparecido como campo de batalla en el que se dirimían cuestiones políticas y

¹⁰ Leopoldo Lugones, *El Payador...*, *op. cit.*, p. 131.

¹¹ *Ibid.*, p. 161.